

yor D. Rufino, que era a la sazón Superintendente General de Policía, fué nombrado en 1823 Administrador Principal de Correos en Talavera de la Reina. A raíz de la Guerra de la Independencia, fué nombrado Comandante del XV Batallón de Voluntarios Realistas manchegos y se le confirmó en su nuevo destino de Comandante de Armas del partido judicial de Talavera.

Su hermano, don Rufino González, que en 1831 era nada menos que Vocal del Supremo Consejo Real de Hacienda, fué desterrado a Cádiz al año siguiente por considerársele afecto al entonces Infante de España don Carlos María Isidro de Borbón, y detuvieron a don Manuel en Talavera, poniéndole en libertad después de cierto tiempo.

Ya no pensó el Comandante González más que en echarse al monte en pro de la Legitimidad, atento a la guerra carlista que se avecinaba.

Al emigrar a Portugal don Carlos para reclamar en su día la Corona que por derecho propio le pertenecía, fué depuesto el ilustre manchego de sus cargos de Comandante de Voluntarios y Administrador de Correos, conduciéndosele preso a Madrid.

Pero al día siguiente de morir Fernando VII, se escapó de la cárcel y se presentó en Talavera, reuniendo al anochecer del 3 de octubre de 1833 dos Compañías de Voluntarios, mandadas por sus hijos don Francisco y don Manuel, que eran oficiales, prendió al General Rojas, destituyó a las Autoridades locales, sustituyéndolas con titulares de probada fe carlista y, en la Plaza Mayor de Talavera, ante la tropa formada, proclamó a S. M. don Carlos de Borbón como legítimo y único Rey de España.

Después se puso al frente de todos los voluntarios reclutados como Jefe Militar y se lanzó a campaña. Eran pocos, y algunos—los inevitables Sanchos—, al ver el mal cariz que tomaban los acontecimientos, desertaron. Quiso el Comandante González establecer contacto con otras fuerzas carlistas de Extremadura; pero fueron copados a traición por un Escuadrón liberal en Villanueva de la Serena, junto con otros oficiales carlistas que se les habían unido.

Juzgados en Consejo Sumarísimo de Guerra, don Manuel María González les recabó para sí inútilmente la responsabilidad de todo, siendo fusilados con él, en Talavera, sus hijos Manuel y Francisco, oficiales, como ya se ha dicho, y el Capitán de Caballería, don Miguel Salas; un cadete hijo de este señor, los alféreces don León Nieto y don Saturnino Barco y varios requetés manchegos, como Fabat, Galetí y Diéguez. Se salvó milagrosamente el oficial don Mariano Cevallos, Teniente, y el Guardia de Corps don José Aymerich.

Todos murieron con gran entereza, oyeron impasibles la lectura de su sentencia de muerte, se confesaron como buenos católicos y cayeron, entre el humo de la pólvora, gritando: «¡Viva la Mancha por el Rey D. Carlos!»

La esposa del heroico hijo de El Toboso murió de pena pocos meses después, y en cuanto al otro vástago que quedaba de tan noble matrimonio, llamado don Juan José, el cual era alférez del Batallón Provincial de Toró, pidió la licencia absoluta en el Ejército liberal y llegó a Brigadier en las filas carlistas, luchando como un león a las órdenes del General Cabrera, hasta que, finalizada la primera guerra, emigró a Francia, cubierto de condecoraciones y de cicatrices gloriosas. Años después moría ignorado en Marsella.

Tal es, contada a grandes rasgos periodísticos, la biografía de una ilustre familia manchega, fundada por el heroico Comandante carlista don Manuel María González, natural de El Toboso, pueblo al que le cabe el honor inmarcesible de haber sido la cuna del primer español que proclamó con su sangre al legítimo Rey de las Españas, Su Majestad D. Carlos María Isidro de Borbón, alzándose quijotesca mente entre la taifa enemiga y masónica por los derechos indiscutibles de un Trono católico.

**José Sanz y Díaz.**

Miembro del Instituto Histórico Brasileiro de Honor del Comité Central Argentino y asesor de las Academias Universitarias de la Hispanidad.